

EL VELO DE ISIS X LAS MIL Y UNA NOCHE OCULTISTA

El anillo prodigioso

En este cuento, se hace mención al deseo de unos padres para lograr descendencia, igual que podemos leer en los famosos cuentos de la Bella Durmiente o Blancanieves. En realidad el símbolo nos conduce a cada uno de nosotros, a la unión que hemos de lograr entre nuestro dar y recibir, entre lo positivo y su opuesto, entre la unión del uno con la dualidad, dando lugar a una creación a un nacimiento de algo Superior.

De ahí que comprendemos que el anillo prodigioso, le indique cuando hace lo correcto iluminándose, y quedando oscurecido cuando no actúa de esa forma.

En realidad todas las religiones nos indican normas de conducta, ya desde los tiempos babilónicos, es conocido el famoso Telémaco, tratando de que la humanidad, vaya día a día, actuando mediante normas para potenciar las virtudes, no solo como beneficio personal, sino para el bien de la Humanidad en la que todos nos movemos.

En realidad el anillo de Selim, Soliman y Salomón es un solo nombre, y la fuerza y luz del anillo no es más que la de nuestra propia conciencia, que nos habla en cada actuación o cuando hemos de elegir un camino u otro, para dejar el incorrecto y entrar en lo positivo y correcto.

En realidad no luchamos con fuerzas oscuras exteriores, sino con las pasiones que a veces nos impulsan a obrar sin esa conciencia, sin esa luz que alumbra el camino para evitar las "piedras" o tropezar con senderos equivocados. Es por ello que el Genio le dice "vuelve tus ojos hacia las olvidadas verdades arcáicas". O sea, busca la base de tus respuestas en los mensajes de toda la humanidad que te ha precedido, y escúchalos.

Todo representado en la sala de las estatuas, cuyos nombres eran: Ciencia, Justicia, Renunciación, Modestia, Fortaleza y Templanza, faltando la última, la séptima. Para encontrarla el genio le pide que deje con él a su amada y vaya solo a la sala donde encontrará la Séptima, que es la Felicidad. Obediente, deja a su amor con el Genio y entra en la sala, asombrándose al comprobar que esa felicidad está representada por su amada. Cualquier renuncia viene unida a un premio.

Cada uno de nosotros, puede y debe interpretar los símbolos que aparecen en la propia vida, ya que como seres únicos e irrepetibles que somos, hemos de tomar conciencia y responder, de acuerdo con nuestra escala de valores y autenticidad.

Es importante comprender, pero mucho más actuar con el conocimiento que hemos adquirido.

C.E.A

EL VELO DE ISIS Capítulo X El anillo prodigioso de Aladino

Enlace de este capítulo con el anterior.–Cuál era, en efecto, el verdadero anillo de Aladino.–Un notable "Pliego de cordel" español.–Historias del príncipe Selim de Balsora y del príncipe Zeín Alasmán con el rey de los genios terrestres.–¡Cava, cava en tu propio huerto!–La leyenda de la esterilidad.–El subterráneo misterioso.–Una cripta iniciática.–Las seis estatuas simbólicas de otras tantas virtudes humanas.–¡El séptimo pedestal está aún vacío!– El

constante Enemigo en el Sendero.–Tentaciones de lo astral.–El eterno “Jardín encantado”.–La “Venusberg” de los persas.–El “anillo” de la Conciencia, como “mágico y único espejo fiel” a lo largo de la vida.–Peligros de todas las inercias.–El Anciano de la “Isla de los Genios”, o sea el Maestro Iniciador.–La terrible ley de la Renunciación y del sacrificio.–Una adaptación de la leyenda de “El anillo prodigioso” a la literatura del medioevo.–“El anillo de Záfira” – Comentarios y correlaciones de este típico mito.

El anillo de Aladino, según insinuamos en el capítulo precedente, no es un anillo cualquiera, sino el Lazo Misterioso que une a la Espiritualidad con el Conocimiento, a la Ciencia seca o “Doctrina del Ojo”, con el Amor Inefable o “Doctrina del Corazón”.

Ello podría muy bien dudarse si cosa nuestra fuese únicamente, pero resultará indudable para el lector conspicuo a poco que repare en el sentido íntimo de este otro cuento de “El anillo prodigioso”, cuento que, a bien decir, constituye la Versión segunda del cuento de Aladino, y que, al igual de lo que ya vimos con el de “El Pescador”, va acompañada de otras versiones no menos simbólicas e interesantes que iremos dando en sucesivos capítulos.

Y es lo curioso que algunas de estas versiones que nos han llegado a España por la vía Galland-Mardrús las teníamos ya muy de antiguo entre nosotros y con rasgos árabes más hermosos aún.

En efecto, en el tomo I de nuestras Conferencias teosóficas en América del Sur, al hablar de los Mitos Persas e hindúes de España, decimos una vez más que el delicioso libro oriental de Las mil y una noches, la Biblia más accesible al corazón del hombre como al del niño, contiene multitud de leyendas que en gran parte han sido mantenidas por la tradición oral española y publicadas luego en pliegos de cordel. Tanto por esto como por su singular belleza no podemos resistir a la tentación de ocuparnos de tres de las más sugestivas. Es una de ellas El príncipe Selim de Balsora, o El Anillo prodigioso.(1)

El “Pliego” dice así:

“En los tiempos más florecientes de Oriente reinaba en Balsora el gran Ceilán, príncipe que, por sus virtudes, supo granjearse las protecciones celestes. Para su felicidad conyugal le faltaba, sin embargo, un hijo, en vano mendigado con oraciones por todo su pueblo desde hacía seis años.

Al séptimo mandó el rey hacer una rogativa general por todos sus dominios, implorando el sucesor tan deseado. Los templos se llenaron de inciensos, oraciones y luces, y en el principal de la ciudad se prosternaron los dos esposos, orando largo rato. Los detalles de este fausto suceso recuerdan, por supuesto, los que cuenta la tradición acerca del nacimiento de D. Jaime el Conquistador y tantos otros gloriosos nacimientos.

Al levantarse, ocurrió una cosa singular. El recinto apareció iluminado por una luz suigeneris que eclipsaba a todas las otras, cual si el templo estuviese cuajado de pedrería que era imposible mirar.

El príncipe elevó sus brazos al cielo en acción de gracias y entonces todo el mundo pudo ver que el foco de luz tan esplendorosa no era otro que la piedra del anillo real rutilando como purísima estrella. "El cielo ha escuchado nuestras súplicas", exclamó lleno de santa unción.

Solos luego los esposos, la reina preguntó a su consorte el motivo que tuviera para expresarse así, y éste le dijo: "¡Oh hermosa mía, es un secreto que habrá de acompañarme a la tumba; porque, si infiel a mi promesa, lo revelara, la cólera celeste descargaría sobre nuestras cabezas." Mientras así hablaba, la dió el príncipe a besar el anillo y al punto la reina concibió en sus entrañas un hijo, cuyo horóscopo, hecho al nacer por los mejores astrólogos del reino, fué que el deseado infante sería valeroso, prudente, sabio y feliz, si sabía aprovecharse de un precioso talismán que le serviría de norte en todas sus acciones; pero, si por desgracia o mala estrella, desdeñaba el camino que el talismán le trazase, sería condenado a vivir errante toda su vida como ingrato a los beneficios del Destino.

Selim, hermoso como un ángel, risueño como las flores en alborada de primavera, dulce y amable como los dioses del Olimpo, crecía, siendo el encanto de sus padres y la esperanza de todo el pueblo. Sabios maestros cultivaron sus sentimientos e inteligencia, y a los diez y ocho años el saber del príncipe eclipsaba al de los hombres más encanecidos en el estudio.

Por esta época el gigante Orón, de Siberia, después de asolar todos los reinos circunvecinos, invadió los Estados del viejo Ceilán, quien no pudo sobrevivir a tantas desgracias como la invasión acarrió a su pueblo. Un accidente le privó del habla y sucumbió al tercer día sin dejar disposición testamentaria alguna. Su cuerpo fue sepultado en el mausoleo de sus mayores.

Orón había penetrado ya en Egipto y su poder era invencible. Los diminutos Estados heredados por Selim no podían resistirle.

Vacilaba el joven príncipe acerca del partido que debería seguir, cuando se llegó a él en sueños un anciano, de imponente majestad, diciéndole cumpliese como bueno en pro de la independencia de su patria, sin calcular el número ni poder de sus enemigos. "Vuelve - añadió-, hijo mío, al panteón de tus mayores, y levantando la tapa de la urna que encierra el cadáver de tu padre, sácale de su dedo la hermosísima sortija que en él ostenta, y, en cuantos accidentes te ocurran, guíate sólo por ella. Si al ejecutar tus acciones ves brillante y pura su piedra, nada temas, porque estás en el camino del bien. ¡Guárdate mucho de dar motivo a que el diamante se te empañe, porque estarás perdido!". **(2)**

La dulce visión desapareció. Selim, obedeció fielmente bajando a la tumba de sus mayores, y, reverente, despojó del anillo al autor de sus días, quien, fresco como si durmiese, parecía alargarle la mano complacido. Salió de la estancia, y el príncipe se fue a la cámara reservada de su padre, donde, al fulgor del diamante, reconoció un gran cuadro representando la Abundancia. Oprimiendo inadvertidamente un resorte de él, giró el cuadro y dejó al descubierto espaciosa galería que conducía a diversas piezas secretas cuajadas de armas, pertrechos de guerra y grandes urnas de pórvido repletas de oro. Sobrado tenía el joven con aquello para emprender la campaña que temía. A la luz de innumerables lámparas, encendidas por el efluvio del diamante, aquellos subterráneos reverberaban como un encantado paraíso.

Preparado así de todo lo necesario, salió a campaña el ejército de Selim, y al

séptimo día toparon con las avanzadas de Orón, trabándose reñido combate, al final del cual Selim derrotó por completo a la hueste del gigante temible.

Lanzóse Selim en persecución de los restos del ejército enemigo, internándose tanto, que cuando acordó se halló frente a un bellissimo castillo, que en letras de oro decía: "Templo de las delicias del Amor."

Hizo el príncipe resonar su bocina, y bajaron a recibirle seis preciosas doncellas, vestidas de blancas túnicas, quienes le llevaron en triunfo a la presencia de la dueña de aquel edén: la princesa Eusina, mujer de seductora e incomparable hermosura, que le recibió con todos los honores de un semidiós y todos los atractivos sensuales del amor.

Trastornado de pasión, iba el príncipe a caer en sus brazos, cuando, al mirar a la piedra de su anillo para cambiarle con el de la maga, vio a aquél empañado de nebruras. Iba a sucumbir el ciego mancebo; pero pudo más la voz secreta de su conciencia, y haciendo el más sobrehumano de los esfuerzos, huyó precipitadamente de aquellos peligrosos hechizos, con lo que, ya fuera, el diamante brilló con destellos más puros que nunca.

Encaminóse luego el triunfador de Orón y heroico triunfador de sí mismo hacia la ciudad de las Pirámides, en cuyas cercanías trabó nuevo y más recio combate con otro cuerpo de ejército del gigante, vencéndole también en lucha desigual y cuerpo a cuerpo tras horrible carnicería. Selim cercenó la cabeza del monstruo y libertó al Egipto de su tiranía cruel, siendo recibido en triunfo por sacerdotes, guerreros y pueblo.

Entregadas sus huestes al descanso, Selim olvidóse un momento de sus deberes como general y como hombre, gustando de los peligrosos encantos de la molición entre banquetes y fiestas. Todas las jóvenes más nobles y más hermosas se disputaban los favores del joven caudillo, quien, por su parte, también no dejaba de ansiar una compañera con quien compartir sus destinos. Pero sus diligencias eran en vano, porque más y más se le empañaba su alhaja protectora.

Desesperado Selim, se decidió a no reprimir por más tiempo sus deseos, y hallando demasiado propicia a la princesa de Circasia, la pidió para aquella noche una cita, que le fue inmediatamente concedida. Mientras la hora llegaba, el placer y el sobresalto rindieron al joven, quien se quedó dormido.

No tardó entonces en presentársele en su sueño el mismo anciano venerable de antaño, afeándole su proceder y diciéndole: "No se halla aquí, ioh Selim, hijo de Ceilán!, la séptima estatua que te hace falta." Conviene advertir al lector que en la visita a los subterráneos de la Abundancia, la cámara más admirable de todo aquel encantado laberinto era cierta rotonda con seis pedestales, coronados por singulares estatuas de la Ciencia, la Justicia, la Renunciación, la Modestia, la Fortaleza y la Templanza. Otro pedestal, más hermoso aún, se veía vacío.

Selim despertó sobresaltado, y conocedor por experiencia de la verdad de tales ensueños, se armó a toda prisa, levantó a su gente, y huyendo de aquellos encantos malditos, se dedicó con energía a libertar más y más ciudades del poder de los restos que quedaran del ejército invasor.

Pocos días después asaltaba la última ciudadela de éste, cuando se lanzó Selim en persecución de un guerrero contrario que huía. El confiado príncipe cayó así en la celada que le tendiera, y muerto su caballo, deshechas sus armas, cayó herido por

aquel traidor, que se vino sobre Selim dispuesto a rematarle. Era el tal guerrero la propia princesa Eusina, que así se vengaba de su imperdonable desdén.

Pero en aquel mismo momento la proterva encantadora se vió asida por un poder superior: una purísima doncella de quince años, seguida de victoriosa hueste, hundióle en el pecho su puñal, dejándola sin vida.

El anillo prodigioso brilló entonces con fulgores celestes. El Destino expresaba así su voluntad suprema de unir en matrimonio a Selim con su divina libertadora Alina, la hija única de Amer, el rey legítimo de aquel reino, que había sido destronado por Orón.

Curado Selim, celebráronse las bodas con gran fausto, y la misma noche aquella en que debía hallar el joven príncipe amante reposo en los brazos de su compañera, Selim se quedó un momento dormido y tornó a aparecésele el anciano de la barba blanca, diciéndole: "Hijo mío, estoy satisfecho de ti porque has correspondido dignamente a mis esperanzas. Como tu gran padre Ceilán, eres sabio, bueno y valeroso. ¿Qué te falta? Ser feliz."

"Yo protegí a tus mayores –continuó el anciano–, colmándoles de dichas verdaderas; yo di a tu padre ese prodigioso anillo, que luego pasó a ti por mis consejos. Te hice con él el sér más poderoso del Universo, y, por su virtud, pude preservarte de que fueses muerto por Eusina, la querida de Orón, en el mentido Templo de las Delicias. Yo te saqué de los peligros de Egipto y de sus amores lascivos. Te he deparado brillantísimas victorias que te colocan en los anales de los héroes, y aún pienso hacer más por ti si te muestras con el debido reconocimiento... La tierna esposa que acabas de recibir debe permanecer pura, como lo está hoy día, y habrás de conducirla a la Isla del Rey de los Genios, tú solo y sin tu gente, guiado siempre por el anillo misterioso."

Asombrado quedó Selim, al despertar, ante los mandatos de su fantástico protector; pero, agradecido a sus constantes favores, le obedeció sumiso, poniéndose con su esposa en camino inmediatamente, bajo la divina, guía de su sortija.

A los tres días de penosa marcha, los caballos se negaron a seguir, pero un gracioso geniecillo de la selva les presentó otros incansables con músculos de acero, y, montándolos los esposos, siguieron con la celeridad del rayo su camino hasta llegar a la orilla de un anchuroso lago de aguas apestosas, tan negras como el betún, lago que cruzaron en la barquilla de un fúnebre viejo.

Al desembarcar en la orilla opuesta, salieron al encuentro de los amantes dos enormes cocodrilos con cabezas de dragón, forcejeando con Selim y con Alina para sepultarlos en las negras aguas; pero los briosos caballos que los conducían los destrozaron con sus dientes. Horrorizados los dos jóvenes, vieron entonces que los dos monstruos eran ya los cadáveres de Eusina y de la princesa Circasia, vomitados por las ondas.

Una hermosísima floresta, embalsamada de perfumes de azahar y animada por los nocturnos trinos de los ruiseñores, les proporcionó aquella tarde descanso en sus fatigas. La hora, el sitio y la oportunidad convidaban al placer, pero Selim se contuvo en sus naturales ímpetus, recordando la profecía, y a la mañana siguiente se vieron los esposos a las puertas de un maravilloso palacio en la Isla de los Genios.

Describir las magnificencias aquellas resultaría temeridad insigne para la torpe

pluma. Sólo sí diremos que en el centro de una ideal estancia los fatigados esposos hallaron sobre su trono al Genio de los Genios, al anciano venerable que en sueños se había mostrado a Selim hasta tres veces.

El príncipe y su compañera cayeron prosternados de respeto y de amor.

Tendióles el anciano sus bondadosos y amantes brazos, estrechándolos contra su corazón, y dirigiéndose a Selim le dijo: "Has terminado victorioso tus concatenadas pruebas. Vete, pues, a tu palacio y sobre el séptimo pedestal vacío de la sala de la Abundancia que te mostrara antaño hallarás la séptima estatua que faltaba: la Felicidad. Tu esposa quedará conmigo en mi alcázar, en recompensa de los singulares favores que te presté, en el caso de que te prestes voluntario a tamaño sacrificio y no en otro caso: elige."

La exigencia del Rey de los Genios traspasó el enamorado corazón del Príncipe. Un momento no más fluctuó entre la pasión y la gratitud, pero pudiendo aún más ésta en su corazón hermoso, que recordaba que hasta su propia esposa la debía a la protección invisible del que así se lo exigía, se resignó con su triste destino, emprendiendo solo y sin ningún contratiempo el camino de su reino, en el que entró con todos los honores de un libertador.

Luego que quedó solo en su palacio, se dirigió presuroso a la galería de las estatuas y su asombro rayó en delirio cuando sobre el séptimo pedestal, hasta entonces vacío, vió se alzaba su idolatrada Alina, abriéndole los brazos. La joven doncella se había sentido transportada en sueños a aquel sitio por un carro de fuego, según el mandato del Rey de los Genios, que de tal manera sublime coronaba su obra protectora de guiar por la noble senda del bien al más admirable de los Príncipes.

COMENTARIOS

La preciosísima fábula que antecede es una completa guía de conducta para la alocada juventud. Diríase que se trata de un primitivo y anónimo Telémaco, escrito en los países babilónicos hace miles de años y transmitido por la tradición oral que le ha hecho llegar hasta nosotros pasando de labio a labio basta cristalizar con sus congéneres en esa deliciosa Biblia que se llama Las mil y una noches, y pasar desde ella a nuestros pliegos de cordel.

El sello semita aparece estampado en su frontispicio: el fantasma de la esterilidad, la temida amenaza del pueblo de Israel desde Sahara hasta la Madre del Bautista, y desde la esposa del príncipe Selim de Balsora hasta la madre de aquel tan deseado y luego tan glorioso príncipe Jaime I de Aragón, sobre cuya concepción y nacimiento nos transmite tan bellísimas leyendas nuestro querido historiador Lafuente. Pero el "pueblo elegido", el pueblo israelita de la dura cerviz que fracasara por carnalizar todo lo más ideal y más santo, temía esa esterilidad de la carne que niega hijos al cuerpo, confundiéndola grosero con esa otra esterilidad de los espíritus infecundos, de la que tan frecuentes pruebas dieran ellos y damos nosotros los nietos de su fe, con nuestros positivimos cretinos que marchitan en flor nuestros ideales más sublimes.

La luz de que se inunda el templo es la llamada “luz astral” por los cabalistas, “gloria del Señor” por la Biblia, luz que nimba de gloriosa aureola las cabezas de los santos en todas las religiones y pueblos. Esta luz parece emanar de la mágica piedra del anillo real o del hierofante, porque geoméricamente el anillo es el símbolo del dominio sobre la “cuarta dimensión o mundo del astral”, que diría el matemático Zölner, como engendrado por la traslación en el espacio de una esfera girando en torno de un centro exterior a ella, y de aquí el poder mágico de los infinitos anillos: el de Salomón, el de Gitges, el de los Nibelungos, el de Záfira(3), el de los Patriarcas y Pontífices de las múltiples religiones, el de los Dux venecianos, el de los esponsales legítimos, etc. Este anillo, en un simbolismo más alto, lleva engastada en su masa la piedra de la conciencia, cuyo brillo esplendente, nacido de su celeste origen, jamás debiera ser empañado por las nubes pasionales de lo astral o emotivo inferior, sino bañarse siempre en las serenas placideces de lo ultraterreno.

La reina concibe un hijo al besar el anillo, como las infinitas diosas del Panteón grecorromano conciben al contacto ora de una flor como la que generase a Hebe, diosa de la hermosura, ora de una palmada enérgica sobre la frente de un dios en yoga o en duda, ora de la espuma del mar como Venus afrodisia. El hijo que por modo tan maravilloso nace, viene al mundo nimbado con las más dulces y excelsas promesas del Destino.

Aquella criatura celeste, niño aún, es un portento de innata sabiduría que arrolla los carnales saberes de los más encanecidos en el estudio de una letra que en su sentido pedestre mata todos los celestes vuelos del espíritu. Igual aconteciese en su infancia a dos grandes Instructores: a Buddha y a Jesús.

El gigante Otón, Orón u Orión (Briareo) es, como todos sus congéneres, el prototipo del mal: Arimanes, Tifón, Satán, la Serpiente, el ogro, en fin, de todos los mitos arcaicos, personificación física del mayor y mas temible de los seres astrales que someten a prueba a todo candidato para la iniciación, el temible “Habitante del Umbral”, el monstruo de cien tentáculos, el proteo de la mirada de fuego y de ponzoña, esfinge que plantea al neófito el jeroglífico fatal con el problema integral de la muerte y de la vida. Vencido el candidato, queda a sus órdenes como hombre, que diría el sublime autor de Zannoni, vencedor, el candidato entra en el rango de los héroes, que es simplemente el camino de los dioses inmortales.

Pero el hombre no lucha sólo con el “Habitante del Umbral”, sino que, aunque aquél no le vea, le protege bajo su manto regio el Maestro de la Compasión, el Gurú, que le dice aquellas hermosas palabras iniciáticas: “Vuelve, hijo mío, al Panteón de tus mayores...”; esto es, “vuelve tus ojos hacia las olvidadas verdades

arcaicas”, y levantando la tapa que encierra el sepulcro de su progenitor, recibe de él el talismán precioso, la regla de conducta, la enseñanza científico-religiosa que le ha de guiar a lo largo del sendero de espinas que la vida simboliza.

Todo cuanto ocurre a Selim allí abajo, en la cripta, alude a la “Cueva o Pirámide de la Iniciación”, como más al detalle se ve en otros muchos mitos que llevamos ya estudiados.

Las luces superhumanas que el dominio de lo astral proporciona permiten al hombre, entre otros dones, el don de la adivinación y la clarividencia. Con ellas, pues, no es extraño que se descubra la senda de la Abundancia, los poderes sorprendentes del Mago, tenidos por milagrosos, como si hombres y dioses pudieran nunca contradecir las leyes naturales, cuando basta tener de ellas un conocimiento superior para obtener de las mismas aparentes imposibles, como empieza ya a demostrarlo la historia de nuestros descubrimientos científicos. Así es como el conocimiento del astral da poderes para combatir con éxito a los habitantes enemigos del astral mismo, simbolizados en Orón y toda su cohorte.

Selim, Solimán o Salomón vence en la ruda pelea, combatiendo frente a frente al enemigo; mas, a no ser por el aviso de su anillo, el príncipe habría sucumbido sin duda en otra pelea infinitamente más ruda, como que la solapan las dulces seducciones mágicas del amor. El “Templo de las delicias pasionales” es capítulo obligado de todos los mitos, como también ¡ay! de todas las historias, que siempre hay una Helena para Menelao, una Cleopatra para Marco Antonio, una Dalila para Sansón, una Circe y una Calipso para Ulises, una esposa de Ulías para David, una Teresa para Espronceda... No pocos mitos llaman Melisa o Melis a esta Mujer-Símbolo, con las letras mismas de Selim el guerrero; pero trastrocadas como para mejor expresar el estrago horrendo que operan ellas con sus seducciones de mal sobre la persona misma del Caballero Andante, que busca en la Iniciación a la Dama Blanca de su Esencia Superior, ingente chispa de la Divinidad que no tolera rivales. Con triunfar en esta más gloriosa prueba, Selim puede dirigirse con paso seguro a la “Ciudad de las Pirámides”, “las pirámides de la Iniciación”. El astral, que se interpone como siempre, ya no puede resistir sus bríos. Selim vence al monstruo, al “Habitante del Umbral”; y con ello queda en libertad todo un pueblo..., el pueblo de sus facultades superiores que luengos siglos y vidas yaciese aherrojado bajo sus poderes fatídicos.

Pero aquello de “mis arreos son mis armas, mi descanso el pelear”, de nuestro Romancero es precepto religioso, porque en el descanso que sigue a las victorias hay más peligro que en todas las luchas. El que venciese del Tesino a Canas, fue vencido por la deliciosa inanición de Capua, y esto que siglos después aconteciese

al héroe cartaginés, acaeció también al héroe de nuestro mito. La hermosura de una pérfida princesa de Circasia habría dado al traste con las glorias del héroe a no haberle auxiliado en sueños el Maestro.

En la leyenda del príncipe de Balsora se marcan con perfecta claridad las dos principales clases de pruebas del neófito; las primeras y más elementales siempre consisten, como en el mito de Blanca-flor, en luchas con el exterior; pero el mérito de las segundas o superiores no estriba precisamente ya en vencer a nadie, sino en vencerse el candidato a sí mismo. No se trata, no, de luchar con un ejército ni resistir a una pasión exterior, sino que hay que ir más lejos, hollando un sendero aridísimo, el “Sendero de la Renunciación”, porque el Universo mismo en sí y en cada una de sus partes ha sido emanado de lo Incognoscible por el Divino Sacrificio de la Seidad Abstracta y sin límites en las propias limitaciones del Sér o Logos que al Universo vivifica, lo que se ha simbolizado por el “sacrificio de Daksha” en todas las Teogonías. De aquí que el príncipe Selim sufra una desgraciada aventura con su caballo, su propia bestia humana, su cuerpo físico, en fin, que quiera o no es siempre presa del enemigo.

Ya la hechicera Eusina iba a vengarse de sus desdenes, cuando empezó a revelarse un poder trascendente, hasta entonces oculto, poder que ya no era el simplemente tuitivo y docente del Maestro, sino el propio Ego Superior del hombre y que se ha cantado en tantos tonos por todos los mitos como Egeria, Numen, Heros, etc., y con las que el Ego inferior del hombre, tras el calvario de su peregrinación de aquí abajo, contrae místicas bodas celestes... No hay que añadir por todo esto que el mito en cuestión de “El anillo prodigioso” tiene menos amplitud que el de Aladino, del que viene a ser un fragmento o capítulo –el capítulo del subterráneo, que podríamos decir–, pero, en cambio, es infinitamente más profundo.

En efecto, mientras que en aquél sólo se ve en el subterráneo de los tesoros la acostumbrada riqueza en oro y pedrerías, en este último, se habla al pormenor de “cámaras iniciáticas”, veladas a los ojos del profano, pero fáciles de escalar para todo aquel que, como Aladino, va ya provisto del prodigioso “Anillo” de la Intuición para cuya fulgurante luz nada puede permanecer oculto. Además en el subterráneo el príncipe Selim, Solimán o Salomón encuentra todo el tesoro iniciático, la regla fiel de conducta que ha de seguir si quiere verse vencedor de las pruebas astrales que le aguardan en su sendero, como a todos los neófitos.

Estas pruebas astrales, son las consabidas: lucha con el “Habitante del Umbral”, e inmediato vencimiento de él; lucha con las seducciones femeninas, como las de Parsifal, el puro, en el Jardín encantado de Klingsor (ya que, sin duda, Wagner debió inspirarse en uno de estos cuentos para trazar la escena tan de mano

maestra como lo hizo); lucha, en fin, contra sí mismo, que es la peor de las luchas, porque en ella el enemigo invisible ya no se halla fuera y al alcance de la mano, sino dentro de nosotros, llamándose EGOÍSMO... Tras todas estas luchas, el héroe triunfador acaba por encontrar a su anciano y sabio Maestro, el "habitante jina de la Isla de los genios", quien completa amorosamente su iniciación haciéndole al joven hallar, al fin, a su "esposa", no mujer alguna de carne y hueso, por supuesto, sino a su Tríada Superior, única Diosa digna de ser alzada en el más alto pedestal del santuario iniciático. La prueba final y más dura de todas se cifra en la suprema renunciación que el héroe tiene que hacer de ella precisamente en el momento mismo en que la ha tan gloriosamente conquistado con sus heroísmos, para encontrársela más tarde al terminar su carrera de concatenados esfuerzos, símbolo augusto de la terrible, de la pavorosa Carrera de la Vida.

El simbolismo de esta leyenda, pues, es uno de los más diáfanos que existir pueda acerca del proceso iniciático, a lo largo del cual y a costa de penalidades, el alma del hombre logra descubrir a "Isis" o Espíritu Supremo, con la que se desposa místicamente, al fin, cuando el crisol del dolor le ha purificado por completo de todas sus pasiones animales, realizando así el ideal supremo de esa evolución humana que conduce al mundo de los superhombres y de los dioses. Pero este simbolismo es, además, genuinamente matemático, como es fácil de comprender a poco que reflexionemos.

En efecto, sabemos por la Geometría que cuando un segmento rectilíneo (primera dimensión) gira sobre uno de sus extremos, el segmento describe un círculo (segunda dimensión o "plano"); cuando, a su vez, este círculo gira en torno de uno de sus diámetros, el círculo engendra una esfera (tercera dimensión o "volumen"). Por último, cuando una esfera gira en torno de un centro exterior –cual sucede en el caso de los astros–, la esfera describe, a su vez, UN ANILLO. De aquí el simbolismo de todos los anillos, como representantes, en nuestro mundo de las tres "dimensiones", de esotra cuarta "dimensión", que, gráficamente, es irrepresentable, como todos sabemos.

El "anillo", considerado así, simbólicamente, es, por otra parte, la expresión adecuada de la "huella astral" que los satélites dejan en el espacio celeste "girando en torno de su respectivo planeta", como otras tantas anilladas serpientes; la "huella astral" que, asimismo, dejan los planetas al girar en torno del sol y que aún demarcan en los espacios los soles mismos girando en torno de otros centros de cuarta o ulteriores "dimensiones", como ya empieza a sospecharlo nuestra propia Astronomía.

Y, sin hablar de los astros, la idea del tal "anillo" resulta también "astralmente"

para todos los seres a lo largo de su vida: así, cuando regresamos diariamente a nuestro hogar, tras las duras tareas diurnas, si a mirar fuésemos “astralmente” la huella que hemos dejado en el espacio, con nuestro cuerpo veríamos que no es sino otro, más o menos desfigurado “anillo”, otra más o menos desfigurada “serpiente” que se muerde la cola como la egipcia, pues que del lecho salimos y al lecho retornamos diariamente después de nuestras físicas correrías, correrías tras las cuales, a bien decir, hemos dejado una efectiva “serpiente astral” de emotividades, placeres y dolores de todo género, y que, por no sabemos qué clase de “sentido astral o etéreo” hartamente comprobable, rastreando habría podido seguir el olfato de nuestro perro doméstico ...

Porque, repitámoslo una vez más, la cuarta y ulteriores “dimensiones” del espacio son, en el orden del movimiento vital, el tiempo; en el orden psicológico, la razón y la imaginación creadora; en el orden general humano, la Historia; en el orden fenoménico, la fenomenología espiritista de todas las épocas, fenomenología que permitiese a Tölnner el ensartar “astralmente”, o sea haciendo pasar la materia a través de la materia y ensartando, “por cuarta dimensión”, varios anillos en el pie de un velador, como en otras de nuestras obras llevamos dicho (capítulo I de El libro de los Jinas), y no continuemos por este camino, ya que a nuestro actual objeto basta lo indicado para que nos formemos un claro concepto teosófico de la importantísima simbología de “el anillo” de Selim y de Aladino.

¿Y cómo dudar ya de que, en efecto, es más que prodigioso este Anillo? Si la “joya” en cuestión es el tiempo, la imaginación creadora, la Historia, etc., ¿qué de prodigios no logra el hombre, qué superioridad aplastante no posee sobre los animales, con tamaño secreto de “su anillo”? ¿Qué de prodigios, aun mayores, no ha de lograr en lo futuro, cuando domine la misteriosa teoría de “las ene dimensiones del espacio”, que ya ha empezado a aplicarse en Astronomía, por ejemplo, con la obra de nuestro amigo el sabio aviador don Emilio Herrera acerca de la Aplicación de la Hipergeometría a la Mecánica Celeste, y también nos sirve ya para explicarnos ciertas reacciones eléctricas?

Si a esto se agrega que en lenguaje simbólico “anillo” y “anillada serpiente” son una cosa misma (capítulo VII de nuestra Simbología Arcaica), el más positivista de nuestros lectores no podrá menos de convenir en que el mito en cuestión, que nos lleva por la mano hacia los inexplicados misterios de la Religión ofita, no es “mera fantasía literaria”, sino fidelísima expresión de algo muy hondo, algo que puede transformarnos en dioses omnipotentes, y este algo no es sino el dominio mágico de las fuerzas naturales por esos anillos de “tiempo”, “imaginación”, “Historia”, etcétera, a los que arriba aludimos.

Por eso el pasado sabio, en cuyo libro apenas si sabemos deletrear como chicos, nos presenta un pueblo de iniciados, un pueblo de “Aladinos y Selines” en ese extraño pueblo de los “nagas”, “nahoas” u “hombres-serpientes”, “hombres-anillos” o jinas, entre este y el otro mundo a los que enlaza el pasado con su anillo, como en la interna trabazón de los siete principios humanos la Mente enlaza en nosotros y en todo el universo a la Materia con el espíritu, que éste sí que es el Anillo de los anillos en la interminable cadena de nuestras vidas sucesivas.

(1) Bajo el título de “El espejo de las vírgenes”, nos da el texto de Mardrus otra versión de “El anillo prodigioso”, versión que en esencia dice así:

“El joven hijo del sultán Zein, a la muerte de este último dilapidó todas sus riquezas; pero, arrepentido, se acordó de la frase de su padre que le había dicho: “Si alguna vez el Destino se vuelve contra ti, ve a tal y tal sitio, donde encontrarás un cofrecillo de cobre rojo, y en él un pergamino que te indicará lo que has de hacer.” En efecto, fuese al lugar indicado, y en el pergamino en cuestión sólo encontró escritas estas frases: “¡Cava, cava en tu huerto!” Cavó más y más el joven, un día tras otro, sin encontrar nada. Cuando, exhausto ya, iba a arrojar la azada, ésta tropezó con una losa blanca, bajo la cual, haciendo saltar el candado de acero que la sujetaba, descubrió una escalera que le condujo a un maravilloso subterráneo y a una sala cuadrada de porcelana y cristal, con techo y columnas de lápiz-lázuli, y varias ánforas llenas de polvos de oro. Más allá vió otro cofrecillo igual que el anterior que sólo contenía una llavecita. Buscando luego aquí y allá por las lisas paredes de la estancia, tropezó, al fin, con una puerta secreta que abrió con la llavecita y que daba acceso a otra estancia, aún más suntuosa, donde había seis estatuas de otras tantas jóvenes sobre diamantinos pedestales. Otro pedestal, mayor, yacía sin su estatua correspondiente.

Al llegar aquí el cuento en cuestión toma análogos derroteros que los de la versión española, y en los que el joven príncipe, con su criado Mubarak, realiza primero el viaje a Egipto y después a la Montaña inaccesible, aislada de todo ataque por un impetuoso torrente, que el joven logra cruzar gracias a un barquero con enormes orejas y trompa de elefante que le pasa a la otra orilla, enseñándole además el conjuro indispensable para llamar al Anciano de las tres islas, sin salirse de la alfombra mágica con la que había de ir provisto el joven, sino quería morir fulminado. Ya a la presencia del Anciano, con detalles semejantes a los que referiremos, el joven obtiene de aquél, el medio para encontrar la virgen esposa que ha de ocupar en su día el séptimo pedestal de diamante, a saber, un mágico espejo tal que se empañaba en sólo que se mirase en él toda mujer capaz de inspirar amor al príncipe. Así, por último, el joven, después de ensayar el espejo con cientos de mujeres seductoras, logra encontrar a la hija del rey de Persia, con la que se enlaza dichoso, como premio a tantas tribulaciones.

Notemos, en fin, que el presente cuento de “El anillo prodigioso”, y con mucha menor belleza, figura también en Galland, bajo el título de “Historia del príncipe Zein Alasnam y del Rey de los genios terrestres”, o Man- Alah-Djin (el jina bueno de Alah), que viene circulando por España desde tiempos de Alfonso el Sabio, como va indicado.

(2) En otras versiones el tal “anillo” viene a ser un “Espejo Mágico” donde se puede ver retratado al fiel la virtud y el vicio. Semejante espejo mágico, que ya vimos aparecer en el cuento de la nota anterior y que es bien distinto de aquel otro espejo mágico del que se habla en Páginas ocultistas y cuentos macabros (epígrafe de “Una vida encantada”), no es otro que nuestra Conciencia moral y psicológica, que es el Espejo de los espejos, cuyo testimonio es el único verdaderamente infalible con que cuenta el hombre a lo largo de las obscuridades y peligros del Sendero.

3) El anillo de Záfira es una de las leyendas precursoras de la Religión Caballeresca. Su contenido es como sigue: El invicto emperador Carlomagno, después del bautismo general de los sajones, quiso visitar la Ciudad Eterna. En ella quedó preso por las redes de una hermosa llamada Záfira.

Deseosa ésta de conservar siempre el amor del caudillo de los francos, fuese a consultar a la pitonisa más famosa de Roma, quien, a cambio de todo cuanto poseía, la dió el talismán más preciado que conociesen los siglos; es a saber: el anillo del gran rey Salomón, sortija singular con una piedra que en la obscuridad lanzaba tan vivos destellos como el más refulgente lucero.

Aquel anillo, arrojado al mar a la muerte del más sabio de los nacidos, era eficaz para la dicha, y preservaba a su poseedor contra las asechanzas de los malos espíritus y contra toda suerte de desventuras. Después de Canas le había poseído Aníbal, y la estrella del cartaginés se eclipsó así que le hubo perdido. Con él, la fea, negra y repugnante Cleopatra se transfiguró en una semidiosa, para esclavizar a los más ilustres capitanes de Roma. Su precioso zafir valía, en fin, por sí solo, tanto como una estrella del cielo, y con él podría disfrutar Záfira en vida el cariño del Emperador, y aun después de muerta, si le sepultaba consigo.

Carlomagno sintió bien pronto los influjos del anillo. Al regresar a sus estados, cuidó muy mucho de llevarse a Záfira, y su desvío hacia su legítima esposa Hildebranda contrastaba con su ciega pasión por la romana Záfira.

Cierta tarde en que cazaba el Emperador, vióse acometido en el bosque por una sangrienta fiera. Todos sus monteros le desampararon ante el peligro, y habría sucumbido si, interponiéndose Záfira con su anillo, no hubiese dado muerte al animal. Záfira fue desde entonces íntima confidenta de Hildebranda, que estaba muy lejos de sospechar fuese su rival en el corazón del César.

Además del anillo salomónico, poseía Záfira otro anillo de bastante parecido externo; pero que, lejos de poseer las excelencias del primero, su virulencia era tal, que el menor rasguño hecho con su piedra causaba instantánea la muerte. Un nigromante, tío de Záfira, se le había legado al morir.

Hildebranda sintió un día curiosidad por conocer las virtudes de aquellos anillos secretos, que Záfira le reveló, pero trocando intencionadamente sus virtudes. La reina tomó el anillo funesto, que, a pesar de las prevenciones de Záfira, ensayó en cierto imprudente oficial que la requería de amores.

El oficial cayó herido como por un rayo, y su cadáver fué arrojado por la propia reina desde una ventana de su palacio, sin que nadie supiese jamás las causas de la tragedia.

Desde aquel día, Hildebranda misma fue una esclava moral de Záfira, quien, conocedora del crimen de aquélla, imperó en palacio con toda la dulce tiranía de su amor. Záfira, sin embargo, no era mala para nadie, ni empleó nunca su talismán sino en ligar más y más con sus redes al enamorado guerrero.

Pero como todo acaba en el mundo, tocó a su ocaso al fin la influencia de Záfira. Un día, en cierto convite dado por el Emperador, la maga se distrajo, perdiendo su anillo, para cuyo encuentro no fueron bastantes cuantas diligencias puso en práctica la desolada mujer.

A poco tropezó con el anillo Gaulo, confidente de la reina, que hacia tiempo ambicionaba la silla arzobispal de Rimberg. De sus ambiciones le había curado a tiempo el sabio monje Alcuino, la más preclara de las inteligencias de aquel tiempo.

Por aquellos días se había provisto la vacante de Rimberg en el disipado clérigo Hettón; pero mientras éste pasaba la noche en locas orgías, indignas de un prelado, el Emperador vió desierto el culto divino, sin que nadie se atreviera a contestar los salmos cantados en el templo. A todos, pues, hubo de sorprender mucho el ver que Carlomagno destituyó a Hettón y alzó en su lugar al humildísimo Gaulo, cual si a éste le sonriera, desde el hallazgo del anillo, la fortuna prodigiosa que la mágica joya deparara siempre a sus poseedores.

Záfira, perdido el talismán, empezó rápidamente a descender en sus gracias y en los favores del Emperador, mientras que Hildebranda conseguía al fin que su esposo la desterrase a un bosque solitario, donde sólo podía verla secretamente, y menos cada día. Llena de dolor y de rabia, se sentía Záfira morir.

Para que se reconciliara con Dios, la fué enviado el propio Gaulo, obispo de Rimberg, llevando en sus manos, a guisa de anillo episcopal que nunca desamparara, la joya por quien lloraba sin consuelo Záfira. Cuando entraba el prelado, Záfira se disponía a beber el veneno de su otro fatídico anillo.

Chocó a Gaulo el anillo fatal, al mismo tiempo que Záfira advertía, luciendo en la mano del prelado, su perdido anillo. Con la rapidez de la intuición femenina, en el acto concibió un modo de recobrarle. Así, cuando Gaulo la preguntó si el anillo que lucía en su dedo era la causa de tantos males como habían caído sobre el reino por sus amores con el Emperador, dijo que sí; pero que no le cedería sino a cambio del prelado que, como suyo, sería prenda bendita de eterna salvación.

El prelado cayó en la red de la romana. Trocó su anillo salomónico con el otro funesto, que se apresuró a entregar a Hildebranda, sin calcular el buen padre que con ello le acarrearía la muerte que de allí a pocos días le sobrevino.

De nuevo, y como por encanto, recobró Záfira sobre el corazón del monarca todo el terreno perdido, y así se deslizaron mansos varios años, hasta que la bella extranjera sintió cercano el término de sus días. Carlomagno no se separó un punto de su amada en la agonía, y ya cadáver no quería que se la arrebatasen de sus brazos, porque Záfira tuvo buen cuidado, antes de morir, de introducirse en la boca el mágico anillo, como en tiempos le recomendó la sibila, para que el cariño del César la acompañara en muerte como en vida.

Pero el prudente y sagaz Alcuino había espiado sus momentos últimos, y con santo celo abrió la boca de la muerta y se le extrajo sin ser advertido.

A partir de aquel día, y contra todos los humildes propósitos del monje, la fama, el poder y la ciencia de Alcuino crecieron en grado sumo; el Emperador no veía sino por los ojos de su consejero; pero el santo varón comprendió bien pronto que todo aquello no se debía a su esfuerzo, sino a las virtudes de su anillo, por lo que, para no caer en la tentación de los fuertes y los soberbios, arrojó heroico el anillo a un profundo estanque de la quinta del Emperador.

La joya, al caer en las aguas, produjo mágicas irisaciones, ondas de sin igual belleza, que no parecía sino que el mismo sol se había en el estanque inmerso. El César, desde una de las ventanas, contemplaba embebido tamañas hermosuras del lago, que, sin explicárselo, determinaban sobre él seducción invencible.

Desde entonces, su afición favorita fue la pesca entre sus ondas. Celebróse de allí a poco un gran banquete en la corte, en honor de los embajadores del sultán Abdalá, y el plato de preferencia fue una murena pescada en el lago por el propio Emperador, quien, al partirla, hubo de tropezar con el anillo prodigioso que el animal había engullido.

Desde entonces, dataron los mayores esplendores del reinado del César. El talismán de la cabaña del Tíber fue todo el secreto y el alma del gran imperio de los francos bajo el cetro de Carlomagno, sucesor de las glorias salomónicas en el imperio de Occidente.

La leyenda transcrita, cuyo origen franco es indiscutible, debió ser introducida en España por los días de la reconquista catalana, y desde allí se extendió por toda la Península, como Los doce Pares, El Conde de Partinoples, Oliveros y Artús, y tantas otras que, cual aquélla, corren en los pliegos de cordel publicados por la casa Hernando, de Madrid, con refundiciones de trabajos anónimos mucho más antiguos. Desde este punto de vista, carecería de importancia para nosotros, si no fuese por los elementos de influencia oriental que sirven de núcleo a la leyenda, o sean los dos anillos mágicos: uno que, da amor o vida y otro que acarrea la muerte; símbolos respectivos de la mágica influencia del bien y del mal sobre la Tierra.

De aquí data, en efecto, todo su profundo interés.